

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

El vínculo entre el movimiento sindical uruguayo y las corrientes ideológicas obreristas durante los comienzos del primer batllismo. El caso de las huelgas de mayo de 1911.

Bruno Tamburi, Mauricio Daniel. (Universidad de la República, Uruguay).

Cita:

Bruno Tamburi, Mauricio Daniel. (Universidad de la República, Uruguay). (2007). *El vínculo entre el movimiento sindical uruguayo y las corrientes ideológicas obreristas durante los comienzos del primer batllismo. El caso de las huelgas de mayo de 1911. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/986>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 22 de septiembre 2007

Título: El vínculo entre el movimiento sindical uruguayo y las corrientes ideológicas obreristas durante los comienzos del primer batllismo. El caso de las huelgas de mayo de 1911.

Mesa Temática abierta: El mundo de los trabajadores entre dos centenarios, 1910-2010

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Montevideo, Uruguay).

Autor: Bruno Tamburi, Mauricio Daniel. Estudiante

Dirección: Pedro Trápani 1154 (Montevideo, Uruguay).

Teléfono: 336 17 19 (094 515 855).

Dirección de correo electrónico:
brunom1984@hotmail.com

El vínculo entre el movimiento sindical uruguayo y las corrientes ideológicas obreristas durante los comienzos del primer batllismo. El caso de las huelgas de mayo de 1911.

Este trabajo propone estudiar la primera huelga general del Uruguay, desarrollada en mayo de 1911, así como el conflicto en las empresas de tranvías que la precedió, desde la perspectiva de la participación jugada por las corrientes político-ideológicas que, en razón de su discurso público legitimante de la movilización de los trabajadores, y de su diagnóstico más o menos común de los males de la sociedad capitalista, podríamos definir como “obreristas”. Nos referimos al batllismo naciente, al socialismo, y a las corrientes anarquistas.

Este enfoque nos iluminará acerca de varios aspectos relacionados a la historia del movimiento sindical uruguayo. Por un lado, los particulares paradigmas a través de los cuales dichas corrientes comprendieron los problemas de la clase trabajadora, y las soluciones que a los mismos propusieron. Además, su disputa por la conducción del movimiento sindical, y por la “gracia” del conjunto de los asalariados del país. Sin olvidar los juicios mantenidos acerca de su recíproco comportamiento político, cuestión que importa por cuanto implica medir la vinculación entre el sindicalismo y las fuerzas gubernamentales contemporáneas. Finalmente, el poder político-social relativo con que los trabajadores organizados contaban (y con el que creían contar) en los inicios de la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez.

Las empresas encargadas del servicio de Tranvías en la ciudad de Montevideo (la “Sociedad Comercial de Montevideo”, de capitales ingleses, y “La Transatlántica”, financiada por alemanes, gerenciadas respectivamente por los uruguayos Juan Cat y Esteban Elena) contaban, sin dudas, con un grado de poder importantísimo al interior de la burguesía industrial uruguaya. El hecho de que los tranvías constituyesen el principal medio de locomoción de la época¹ nos habla no solamente de la trascendencia pública que podría aparejar una paralización de sus servicios, sino también de, siempre en relación a la escala uruguaya del momento, la importancia que en términos económicos implicaba su control.

¹ RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, *Los sectores populares en el Uruguay del novecientos*, 2^{da} parte, Montevideo, TAE editorial, 1994, p. 78

El 11 de mayo, sus empleados se declararon en huelga, acaparando inmediatamente la atención de la opinión pública. Los grandes diarios de la capital dedicaron generosas secciones de su contenido a relatar las opiniones de los diferentes actores acerca de sus causas, a formar opinión acerca de la justificación (o falta de ella) que le correspondía, a discutir los pliegos de condiciones de los trabajadores y las contrapuestas de las patronales, a reflejar el estado de las negociaciones y la actuación de los diferentes intermediarios, etc., etc.

¿A que motivos obedeció su inicio? Desde los medios de comunicación que simpatizaron de inmediato con la causa de los huelguistas, se afirmó que las mismas radicaban en el despido efectuado por las empresas, por aquellos días, de algunos trabajadores abocados a la organización de la sociedad de resistencia del gremio², posición habitualmente compartida por la historiografía nacional que se ha dedicado al estudio de la cuestión³, agregándole la de las duras condiciones de trabajo que experimentaban los trabajadores tranviarios⁴ que, si fueron relativizadas por los gerentes de las empresas, fueron reconocidas hasta por la prensa que les ofició de abogado defensor durante el conflicto⁵.

A diferencia del generalizado reconocimiento que se le dio a esta última realidad (lo que no es lo mismo que el reconocimiento de la legitimidad de la huelga), los motivos del despido de los trabajadores fueron encarnizadamente discutidos. Mientras, como vimos, la opinión pública favorable a los huelguistas adujo un caso de

² *El Día*, “Movimiento obrero. Los empleados de tranvías-Ultimátum a las empresas-En favor de varios compañeros”, jueves 11 de mayo de 1911, p. 6 col. 1

³ Entre otros D’ELÍA, Germán, MIRALDI, Armando, *Historia del movimiento obrero en el Uruguay. Desde sus orígenes hasta 1930*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1984, p. 99; RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, ob. cit., p. 83

⁴ Barrán y Nahum consignan las palabras de tales obreros acerca de sus condiciones de trabajo: “... trabajaban de 10 a 11 horas diarias, sin contar los descansos, quedando «atados» durante 15 horas en total. Cumplían servicios de 5 horas sin interrupción y el máximo «es intolerable, llega a veces a hasta las 8 horas sin comer y sin atender necesidades fisiológicas». No tenían días libres por mes. Ganaban de \$ 0,12 a \$ 0,13 la hora, unos \$ 35 mensuales, y aseguraban que después de 8 a 10 horas sobre «los pescantes ningún motorman está en condiciones de responder por la vida ajena»” (BARRÁN, José Pedro, NAHUM, Benjamín, *Battle, los estancieros y el imperio británico*, Tomo IV “Las primeras reformas”, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1983, p. 55). Rodríguez Díaz agrega que la frecuencia de suspensiones y descuentos por multas reducía ese salario \$ 30 mensuales (RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, ob. cit., p. 80).

⁵ “Según los patrones, en «La Comercial» se trabajaba 8 horas (lo cual era cierto, pero solo en su usina eléctrica); en los talleres y en el tráfico regían las 10 horas, «que no es excesivo, que existe para otros gremios, y que es la jornada laboral en la mayoría de los países civilizados». Y como el trabajo era «discontinuo» y no «exigía mayores esfuerzos», se verificaba con «relativa comodidad»” (BARRÁN, José Pedro, NAHUM, Benjamín, *Battle, los estancieros...*, Tomo IV, ob. cit., pp. 55-56). Con todo, el “órgano de las clases conservadoras”, *El Siglo*, reconocía el 12 de mayo que muchos de los jefes obligaban a los empleados a permanecer en los coches “«... desde las 12 horas del mediodía hasta la 1:36 del día siguiente, bajo la amenaza de la destitución»” a quien no acatase (en RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, ob. cit., p. 82).

persecución sindical, la prensa conservadora reflejó la posición de las empresas y sostuvo lo adecuado de su proceder, aun sin especificar motivos⁶.

Ahora, sin dejar de reconocer las razones políticas del despido de los trabajadores (la incapacidad de las empresas en aducir una justificación creíble en sentido contrario resultó demasiado significativa), y el peso que pudieron haber tenido las duras condiciones de trabajo en la legitimación interna del movimiento, creemos que no alcanza con su referencia para invocar una explicación de peso del estallido del conflicto. En efecto, este último aspecto no era para nada una exclusividad de los trabajadores tranvianos, como sostenían los propios gerentes cuando alegaban que la jornada de 10 horas era lo habitual en varios gremios. Si remitiésemos exclusivamente a extensas jornadas laborales y magros salarios, no encontraríamos razones para explicar porque la huelga surgió en este gremio y no en otro. En lo que refiere a los despidos, creemos que deben realizarse una serie de precisiones que contribuyan a problematizar la cuestión.

Por un lado, resulta tentador hacerse la pregunta de hasta que punto la huelga fue, por lo menos, delineada en la instancia del tercer congreso de la Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU) (realizado solo algunos días antes del estallido del conflicto), por algunos actores sociales de clave participación en el mismo (esto dejando de lado el clima favorable a la lucha que, de por sí, implicó la reorganización de los trabajadores, en buena medida fomentada por dicho congreso). Esta institución, expresión casi hegemónica de los trabajadores organizados de la época, y controlada por las tendencias anarcosindicalistas, se aprestaba a recuperar el terreno perdido (en lo referente tanto a su nivel de organización como a su *poder* reivindicativo y político) durante los años de represión e intransigencia gubernamental y patronal que significaron la presidencia de Claudio Williman (1907-1911).

Algunos datos recabados, si bien no suficientes como para afirmar concluyentemente que la huelga de los tranvianos haya sido decidida deliberadamente antes de que sucedieran los hechos que públicamente aparecieron como desencadenantes, nos aportan elementos para entender porqué el conflicto social

⁶ *EL Siglo* informó que “Las causas a que habían respondido las separaciones eran tan justificadas a [...] juicio [de las empresas] que no podían dejarse aquellas sin efecto” (“La huelga. La declaración de huelga-Paro del servicio”, viernes 12 de mayo de 1911, p. 3 col. 1), a la vez que transcribió la explicación de los despidos que adujo Esteban Elena: “No es cierto que los cuatro empleados destituidos por la empresa –y cuya reposición se pide– hayan sido despedidos por fomentar la constitución de una sociedad de resistencia. Otras han sido las causas, que considero no deben hacerse públicas porque redundaría en perjuicio de ellos mismos” (“La huelga. Lo que dicen los señores Cat y Elena”, viernes 12 de mayo de 1911, p. 3 col. 3).

destinado a capitalizar ese despertar de la acción obrera forjado en la reunión de las sociedades de resistencia integrantes de la FORU, surgió en este gremio y no en otro.

En primer lugar debe tenerse en cuenta el dato aportado por Barrán y Nahum acerca de que una parte de la dirigencia anarquista radical que presidió el congreso había obtenido trabajo en las empresas tranviarias, intentando de inmediato reorganizar la sociedad de resistencia del gremio⁷. Vanger agrega que quienes se encontraban organizando (“secretamente”) a los tranviersos, y que habían conseguido trabajo de conductores y guardas, eran en gran parte ex militantes de la Unión Ferrocarrilera (poderoso sindicato de la FORU que había desaparecido a raíz del fracaso de una importante huelga realizada en 1907, en buena medida por la decidida interposición gubernamental a favor de la compañía ferrocarrilera⁸), que habían cejado en su intención de reorganizar a los trabajadores de ese gremio ante la resistencia que habían mostrado⁹.

Por otra parte, no puede menospreciarse el hecho de que entre los sectores más dinámicos de la reorganización de la FORU, ya en el año 1910¹⁰, se encontraba precisamente el gremio de los tranviersos, cuyo “Comité provisorio de la sociedad de resistencia” contaba, en abril, con más de 500 afiliados¹¹. Esto nos demuestra que el trabajo de reorganización sindical por el que fueron despedidos los trabajadores por los cuales se decidió el inicio del conflicto, estaba lejos de empezar de cero.

El potencial de lucha de tal gremio aparece, entonces, como una razón a no despreciar a la hora de analizar un conflicto que, a nuestro entender, aspiraba a reposicionar, luego de los referidos años de postración, en un sitio de fuerza a la clase obrera organizada con relación a las “fuerzas conservadoras del orden social”. Lo mismo debe decirse de la realización de una muy reciente instancia (el mencionado congreso) tendiente a facilitar la coordinación de los medios de lucha a emplear por el movimiento sindical.

Debe decirse además que el ascenso de Batlle al poder en marzo de ese año significó, incluso a ojos de los sectores libertarios más ortodoxos, un terreno de gran

⁷ BARRÁN, José Pedro, NAHUM, Benjamín, *Batlle, los estancieros...*, Tomo IV, ob. cit., p. 55

⁸ D'ELÍA, Germán, MIRALDI, Amando, ob. cit., pp. 88-89; PINTOS, Francisco, *Historia del movimiento obrero en el Uruguay*, Montevideo, Corporación Gráfica, 1960, p. 84

⁹ VANGER, Milton (traducción de Benjamín Nahum, revisada por el autor y por Elsa M. Oribe de Vanger), *El país modelo. José Batlle y Ordóñez 1907-1915*, Montevideo, Co-edición Editorial Arca y Ediciones de la Banda Oriental, 1983, p. 138

¹⁰ RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, *Los sectores populares en el Uruguay del novecientos*, 1ª parte (1907-1911), Montevideo, Editorial Compañero, 1989, p. 68

¹¹ RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, *Los sectores populares...*, (2ª parte), ob. cit., p. 83

fertilidad para la organización sindical, así como también que revestía cierta importancia una línea directa entre el sector político del nuevo presidente y algunas figuras del anarquismo local estrechamente vinculadas a los asuntos del movimiento obrero, como el poeta Ángel Falco. Existieron razones muy fundadas, que veremos más adelante, para que el batllismo diese su apoyo al movimiento de los tranviersos. Ahora, ¿podríamos extender esta cierta confluencia de intereses entre el batllismo y algunos sectores de la FORU al nivel de una estrecha colaboración, que jugase su carta en el estallido del conflicto que nos encontramos analizando?

Por lo pronto, aunque sin contar con los elementos necesarios como para realizar afirmaciones concluyentes al respecto, no puede dejar de señalarse la existencia de variadas fuentes por las cuales el gobierno pudo saber del advenimiento de la próxima movilización. Algunos sectores de la prensa conservadora, con la evidente intención de presentar a Batlle como un agente revulsivo del orden social (lo que no implica en forma necesaria el falsear deliberadamente los hechos) insinuaron o afirmaron abiertamente que el gobierno sabía de antemano lo que iba a suceder. *El Siglo* informó, apenas suscitado el conflicto, que la Dirección de Rodados tenía conocimiento desde dos días antes de la declaración de huelga que la misma iba a producirse¹², mientras que el medio nacionalista *La Democracia* sostuvo: “Desde un principio, antes casi de producir la huelga de trenvías, el presidente de la República estaba al habla con los huelguistas haciendo llegar hasta ellos su palabra y su consejo. Era voz corriente entre dichos elementos que no fracasarían porque contaban con esa tan fuerte y decisiva ayuda”¹³. Son conocidos, además, aunque para años inmediatamente posteriores, los contactos sostenidos entre la “policía batllista” y algunos importantes dirigentes del movimiento obrero, así como lo habitual de la existencia de informantes policiales a su interior¹⁴. Si bien no poseemos, para el momento por nosotros estudiado, pruebas de que existiesen tales vínculos, no podemos descartarlos, como medio de comunicación entre los huelguistas y el poder político de turno, sobre todo si tenemos en cuenta la confluencia de intereses mencionada.

¹² *El Siglo*, “La huelga. Conocimiento oficial de la huelga”, viernes 12 de mayo de 1911, p. 3 col.3

¹³ *La Democracia*, “Una revolución de 48 horas. Los últimos detalles. El gobierno y la huelga”, 27 de mayo de 1911, p. 3 col. 3

¹⁴ BARRÁN José Pedro, NAHUM, Benjamín, *La policía batllista y el movimiento obrero (1913-1916) (selección de textos)*, Montevideo, Servicio de Publicaciones Docentes internas, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias, 1988, p. 30; LÓPEZ D’ALESSANDRO, Fernando, *Historia de la izquierda uruguaya*, Tomo II: 1911-1918 “La izquierda durante el batllismo” (1º parte), Montevideo, Ediciones del nuevo Mundo, 1990, pp. 93-94; RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, *Los sectores populares...*, (1ª parte), ob. cit., p. 17

En razón de todo esto tal vez se explique el “salir a la luz” realizado por los trabajadores tranviarios en los días previos al estallido del conflicto, el cual seguramente haya motivado la extrema medida de las empresas. Medida que, con todo, solo parece haber precipitado y dado forma concreta a un torrente de fuerzas previamente configuradas. Pues el proyecto de organizar la sociedad de resistencia a la luz pública, conociendo el poder con que contaban las patronales y las medidas que posiblemente podrían tomar, se inscribe indudablemente en la línea de “salir a la lucha”. Es cierto que la prédica de los tranvianos acerca de la necesidad de organizarse sindicalmente era expresada ya en junio de 1910¹⁵, pero las medidas concretas y “visibles” en ese sentido aparecieron únicamente en los días previos al conflicto, casi como un anzuelo lanzado a las patronales por el comité provisorio de la sociedad de resistencia¹⁶.

Rodríguez Díaz afirma que las empresas no tuvieron en cuenta, a la hora de aplicar su arbitrario proceder, el hecho de que el movimiento sindical se encontrase en pleno proceso de reorganización, y de que figurase en el poder un hombre en gran medida contemplativo de los intereses de la clase trabajadora¹⁷. Esta afirmación implica suponer la posibilidad de que fuese evitable el conflicto de los tranvianos. Si bien resulta imposible determinar qué hubiese pasado si... debemos preguntarnos: ¿era factible esperar, ubicados en el particular contexto de los gerentes de las empresas, un resultado diferente al del inicio de las movilizaciones reivindicativas, en caso de organizarse definitivamente la sociedad de resistencia? ¿No sería más acertado suponer, al contrario de las afirmaciones de Rodríguez Díaz, que las empresas pretendieron precipitar un conflicto que preveían inevitable, a fin de enfrentar a un gremio que no se hallaba todavía definitivamente reorganizado, en lugar de a uno consolidado?

El jueves 11 de mayo, a partir de las 5 de la tarde, se reunió la asamblea de tranvianos que debía decidir acerca de las medidas a tomar en razón de la negación de las empresas de restituir a los obreros despedidos. Luego de “deliberar extensamente”, la Asamblea unánimemente declaró la huelga¹⁸. En forma inmediata fue redactado el pliego de condiciones, que en lo fundamental reclamó: restitución de los trabajadores despedidos; jornada laboral de 8 a 8 horas y media; aumento del salario hasta 40 pesos mensuales; dos días francos por mes con goce de sueldo; algunos cambios en el

¹⁵ RODRÍGUEZ DÍAZ, *Universindo, Los sectores populares...*, (2^{da} parte), ob. cit., p. 83)

¹⁶ *El Día*, “Movimiento obrero. Organización proletaria. Los motormen, guardas, etc.”, martes 2 de mayo de 1911, p. 5 col. 5; *Idem*, “Movimiento obrero. A los empleados de tranvías”, miércoles 10 de mayo de 1911, p. 5 col. 3).

¹⁷ RODRÍGUEZ DÍAZ, *Universindo, Los sectores populares...*, (2^{da} parte), ob. cit., p. 84

¹⁸ *Idem*, p. 86

reglamento de “La Comercial” que se consideraba lesivos de los derechos de los trabajadores; seguro contra accidentes de trabajo para los obreros de “La Comercial”; pago de interés por el capital depositado en concepto de uniforme; pago doble de las horas extras; 2 horas de descanso intermediando las 8 laborales; 50 pesos mensuales para revisadores (incluyendo los demás beneficios en lo que refería a duración de la jornada y días de descanso); distinción especial a los empleados para que pudiesen viajar gratis en los tranvías; 30% de aumento y jornada de 8 horas para los mecánicos, empleados de talleres, carros de auxilio y usinas; devolución del dinero depositado por el uniforme; frenos de aire sustituyendo a los manuales en “La Comercial”; pago de medio sueldo a los practicantes de guardas y conductores; y pertenencia obligatoria de todo empleado a la sociedad de resistencia¹⁹.

Ante tales reclamos, las empresas respondieron concediendo la reducción de la jornada laboral a 8 horas y media, el pago de las horas extras un 50% por encima del valor de las normales, el pago del seguro contra accidentes y del interés por el dinero depositado por los trabajadores en concepto de uniforme recibido. En cambio, rechazaron la restitución de los despedidos, el reconocimiento de la sociedad de resistencia, modificaciones al reglamento de “La Comercial” y el pase libre a los operarios para utilizar los tranvías²⁰.

En otras palabras, en lo fundamental las patronales accedieron a los reclamos vinculados a mejoras económicas (o por lo menos a su discusión), y rebatieron todos aquellos que implicaban un cuestionamiento a su autoridad, demostrando, así como el rechazo que los huelguistas profesaron de tales concesiones, la verdadera esencia del conflicto, que radicaba en la imposición o no de la sociedad de resistencia como fuerza social legítima²¹. Las belicosas expresiones que Juan Cat profesó, a través de un comunicado que *El Siglo* publicó el 12 de mayo, en justificación de la contrapropuesta empresarial, no hacen más que certificar esta afirmación: “«La empresa no está dispuesta a declinar en lo más mínimo su autoridad, *ni siquiera a reconocer*

¹⁹ *El Siglo*, “La huelga. El pliego de condiciones”, viernes 12 de mayo de 1911, p. 3 col. 2

²⁰ RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, *Los sectores populares...*, (2^{da} parte), ob. cit., p. 90

²¹ Más tarde, esta realidad sería apreciada, a nuestro entender con claridad, por ministro británico Robert J. Kennedy: “En este momento Monte Video [sic], está especialmente perturbado por una seria huelga de los tranvías eléctricos, mucho más seria porque es sin duda una prueba de fuerza entre los sindicatos, o «Sociedades de Resistencia», como significativamente se las llama aquí, y los empleadores de todo tipo de trabajo, y si ganan los primeros se teme que las huelgas se hagan generales” (“Robert J. Kennedy, Ministro de la Legación Británica en Montevideo, a Sir Edward Grey, Secretario para Asuntos Extranjeros del Reino Unido, Montevideo, mayo 17, 1911”, en NAHUM, Benjamín, *Informes diplomáticos de los representantes del Reino Unido en el Uruguay (1903-1911)*, Montevideo, A. Monteverde, 1991, p. 194).

*representación alguna a los obreros para entrar a discutirle los derechos que le asisten en todo lo que se relaciona con la destitución del personal que tiene a sus órdenes»*²² (cursivas nuestras).

Iniciado el movimiento, obligó de inmediato a los sectores políticos relevantes del Uruguay a tomar posición. Constituye, por tanto, una excelente oportunidad para analizar, en un terreno concreto, las políticas desarrolladas por el batllismo a la hora de enfrentar el conflicto clasista, así como su actitud ante las diferentes corrientes ideológicas que intentaban trabajar al movimiento obrero.

Desde tiendas conservadoras se juzgó casi de inmediato el posicionamiento gubernamental ante los hechos como prácticamente revolucionario, pretensión sostenida en la supuesta connivencia de las fuerzas represivas con los huelguistas. Esto a pesar de que fue claro que la Policía, como institución, no ejecutó una actitud contemplativa para con los tranviersos, y las continuas detenciones que sufrieron en concepto de “incitación a la huelga” o “predica incendiaria” lo certifican profusamente²³. Más bien, es pasible de sostenerse la falta de compenetración de sus jerarquías, así como de las del Ministerio del Interior, para con la forma en la cual la línea política de Batlle se decidió a encarar al conflicto, y esto se expresó en el divorcio producido entre la tendencia editorial de *El Día* (el diario del presidente) y la práctica cotidiana de la Policía²⁴.

Sí existió una diferencia con respecto a conflictos sindicales ocurridos durante años anteriores, esta puede encontrarse en la política de seguridad que prescribió el gobierno, la cual omitió la represión sistemática y el arresto indiscriminado de los dirigentes del movimiento, actitud que difirió sensiblemente de la asumida por el gobierno de Williman. Esta “ausencia” parecería haber sido, dado lo que se consideraba normal para la época en lo que refería a la posición que el Estado debía asumir en el conflicto entre el capital y el trabajo, lo que alarmó a la opinión pública conservadora.

Por otra parte, otro de los aspectos a través de los cuales puede percibirse el apoyo cierto que el batllismo prestó a la huelga tranviaria, radica en las multas que inmediatamente de parados los tranvías el gobierno pretendió cobrar a las empresas. La aplicación de tal medida fue defendida desde el oficialismo bajo la argumentación de constituir una forma de emparejar el conflicto capital-trabajo: “... no hay duda de que

²² en RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, *Los sectores populares...*, (2^{da} parte), ob. cit., p. 85

²³ *El Día* “La huelga del día. Los únicos detenidos”, viernes 12 de mayo de 1911, p. 4 col. 4; *Idem*, “La gran huelga. Incidentes y prisiones”, sábado 13 de mayo de 1911, lunes 15 de mayo de 1911, p. 5 col. 1; *Idem*, “La gran huelga. Incidentes y prisiones”, p. 5 col.6

²⁴ *Idem*, “La gran huelga. Lo que vimos nosotros”, sábado 13 de mayo de 1911, p. 4 col. 5

[...] la lucha pierde algo de su evidente desigualdad –nada más que algo, lo reconocemos- si las empresas tienen que proceder bajo el acicate de las multas que impone el mal servicio. Todavía les quedaría un gran margen para el triunfo –casi toda la distancia que media entre la omnipotencia y el desamparo-, pero, por lo menos, para triunfar tendrán que imponerse sacrificios y eso las hará más prudentes en el porvenir”²⁵. Las presiones de las representaciones diplomáticas inglesa y alemana eliminaron los efectos inmediatos de la medida gubernamental, pero recién varios años después la justicia falló definitivamente a favor de las empresas y las eximió del deber de pagar las consabidas multas. Por lo tanto, contemporáneamente implicaron sin dudas un mecanismo de presión sobre su accionar, que las obligó a abrir un nuevo frente de lucha.

Otro de los ámbitos en los que puede leerse la actitud gubernamental es el de la línea editorial del diario del presidente, que a la hora de analizar la pertinencia de los reclamos de los asalariados no tuvo empacho en legitimarlos abiertamente, y no solo los vinculados al mejoramiento económico, sino incluso los que referían a garantías sindicales: “Para el director de «El Siglo», abogado de fuertes empresas [las] exigencias [de los huelguistas en el sentido de poder intervenir la Sociedad de Resistencia en caso de despidos injustificados] podrán parecer antipáticas; pero para el obrero que trabaja afanosamente por conquistar una existencia mezquina [...] que puede ser privado de su sustento diario a cada instante por el mal humor y la arbitrariedad de cualquiera de sus superiores, la exigencia es salvadora, vital”²⁶.

Este apoyo relativo a la causa de los huelguistas no respondió solamente a una concepción crítica para con el funcionamiento incontrolado del sistema capitalista, sino también a cálculos finamente trazados. En efecto, a la hora de analizar el conflicto tranviario es necesario recordar dos cuestiones muy importantes. Por un lado, la del carácter extranjero del capital que financiaba a ambas compañías. Por otro, la del proceso de nacionalizaciones que el gobierno se prestaba a impulsar de ciertos rubros de producción y servicios que consideraba claves para el desarrollo del país, las cuales afectarían, en forma preponderante, al capital inglés. En este contexto, no resulta difícil imaginar que la huelga de los tranvías fue considerada una excelente oportunidad para desacreditar públicamente el control que el capital extranjero profesaba de tales sectores de la economía y la vida social (uno de los cuales era, evidentemente, el de los

²⁵ *El Día*, “La huelga”, editorial, martes 16 de mayo de 1911, p. 1 col. 2

²⁶ *Idem*, “La huelga”, editorial, lunes 15 de mayo de 1911, p. 3 col. 1

transportes), apelando a recursos discursivos tales como el de la “voracidad expoliadora” de las empresas, su irresponsabilidad a la hora de administrar servicios que para muchas personas resultaban indispensables, su falta de consideración de las necesidades del pueblo trabajador etc., etc.

Más allá de esto, el batllismo también se expidió, aunque lateralmente, acerca de la incidencia en los sucesos de los anarquistas y socialistas. En lo referente a los primeros, emitió un discurso tendiente a distinguir y separar el comportamiento y los objetivos de los obreros huelguistas de los patrocinados por los dirigentes sindicales, en un intento de evitar cualquier posible ampliación de las concepciones radicales hacia las masas de huelguistas desideologizados. Esto se expresó, claramente, al momento de comentar los hechos de violencia protagonizados por algunos huelguistas²⁷. En cambio, la participación socialista fue ponderada por el gobierno, tal vez por los paños fríos que colocaba a un movimiento que, en la medida que se extendía, amenazaba convertirse en un dolor de cabeza importante, o por no percibir al partido encabezado por Emilio Frugoni como una amenaza a sus pretensiones de ganar electoralmente a la clase obrera.

Los sectores políticos que pueden denominarse la izquierda uruguaya de la época, demostraron una serie de comportamientos ante los sucesos que nos sirven para calibrar su actitud ante diferentes cuestiones, como ser, por ej., la de la forma en la cual el movimiento obrero debería conducir el conflicto a los efectos de su mejor desenlace de acuerdo a sus intereses, o la que rezaba acerca de la valoración de las políticas llevadas a cabo por el gobierno en la coyuntura de una movilización sindical de amplios alcances.

La prédica del Partido Socialista aspiró a identificar la causa de los tranviersos con la línea política y los postulados llevados a cabo por su figura más representativa, Emilio Frugoni. Su discurso tendió a resaltar la solidaridad gremial, así como la capacidad de lucha ante patronales indudablemente poderosas, pero prácticamente hizo silencio con respecto a la legitimidad o no de la apelación sistemática a la violencia como forma de volcar la balanza a favor de los huelguistas, así como acerca de los objetivos revolucionarios que debía perseguir la movilización de los trabajadores. Si bien no plantea ninguna duda el rechazo de los socialistas a tales extremos, parece haberse soslayado, en razón de la importancia de la lucha del momento, el conflicto doctrinal que mantenían con respecto a los anarquistas. En lo referente a la actitud

²⁷ *El Día*, “La gran huelga. Prisión de un exaltado”, lunes 15 de mayo de 1911, p. 5 col. 3

gubernamental, su lectura fue bastante condescendiente, reconociéndosele su “imparcialidad” y su desaprobación de los “desmanes que ha cometido la policía”²⁸.

La FORU, por el contrario, presionó desde un primer momento en favor de la apelación a la huelga general. En comunicado publicado un día después de la declaración de la huelga tranviaria, sostuvo: “La Federación Obrera Regional Uruguaya pide a las sociedades obreras que a la brevedad posible convoquen a asambleas a sus respectivos gremios con el objeto de acordar la huelga general; para que en caso de que esta federación tuviera necesidad de decretar un paro general las sociedades ya lo tengan resuelto de antemano [...] Los gremios que en éstos momentos se han pronunciado ya por la huelga general son varios”²⁹.

Con el correr de los días, y no sin férreas disputas a su interior, se consolidó en la FORU la tendencia favorable a la huelga general, y esta pareció inminente cuando el sábado 20, habiendo fracasado la mediación encabezada por Emilio Frugoni, el batllista Domingo Arena, y el Ministro del Interior Pedro Manini Ríos, el Comité de Huelga se colocó bajo la protección de la federación, y declaró que no admitiría más intermediarios y que solo trataría directamente con los gerentes de las empresas cuando estos lo solicitasen³⁰. Pero una sorpresiva vuelta de tuerca vino a demostrar el establecimiento de una nueva mediación, esta vez encabezada por el Círculo de Prensa. Habiendo los huelguistas renunciado a las pretensiones que cuestionaban la autoridad de la patronal (es decir, el reconocimiento de la sociedad de resistencia y el reintegro de los dirigentes despedidos), logró alcanzarse un acuerdo en lo relativo a las reivindicaciones económicas. A pesar de no haberse logrado las aspiraciones más caras a la movilización, es decir las que hubiesen supuesto la legitimación de la organización y la lucha de los trabajadores, *El Día* juzgó al movimiento como un “triunfo indiscutible”³¹.

Pero las aspiraciones no conseguidas se hicieron sentir de inmediato. Los gerentes se apresuraron a afirmar que “Ni La Transatlántica ni La Comercial han firmado arreglo alguno con sus empleados en huelga. Espontáneamente prometieron mejorar los salarios y horarios de sus empleados y comunicaron su decisión al ministro

²⁸ *El Socialista* (anexo al número 11), “La huelga en el parlamento. Los discursos del diputado socialista. Contestaciones al señor Federico Paullier y al Ministro del Interior” (sesión del 25 de mayo), junio 6 de 1911, p. 6 col. 1

²⁹ *El Día*, “Movimiento obrero. Federación Obrera Regional Uruguaya”, viernes 12 de mayo de 1911, p. 6 col. 3

³⁰ *Idem*, “La gran huelga. De potencia a potencia”, sábado 20 de mayo de 1911, p. 5 col. 1-2

³¹ *Idem*, “Fin de la huelga”, lunes 22 de mayo de 1911, p. 4 col. 2

del Interior”³². En otras palabras, los obreros regresaban al trabajo sin garantía alguna del cumplimiento de las empresas de lo acordado, cuestión que estas no habrían podido soslayar de haberse impuesto la reivindicación del reconocimiento de la sociedad de resistencia.

Y al regresar los huelguistas a la labor el lunes 22, se encontraron con la sorpresa de que 21 de ellos eran rebajados a la categoría de suplentes hasta el 1° de junio, momento en el cual, por las obligaciones que impondría la reducción de la jornada laboral acordada, serían readmitidos. En la raíz de tal medida se encontraba la intención de las patronales de mantener a los trabajadores que les habían sido fieles durante el conflicto y a los que se habían integrado durante el correr del mismo. Los tranviersos interpretaron la decisión como una “traición” de las empresas, mientras que estas sostuvieron, y se apoyaron en los mediadores del Círculo de Prensa para hacerlo, que aquellos conocían sobradamente que recién a partir del 1° de junio comenzarían a regir las condiciones de trabajo “concedidas”³³.

Los tranviersos reiniciaron de inmediato el paro, y en la noche del mismo día, en una decisión según algunos respaldada por el Comité de Huelga³⁴, y según otros no compartida pero impuesta por la dinámica de los hechos³⁵, la FORU declaró la huelga general, movimiento inédito en la historia del país y que paralizaría casi por completo las actividades en la ciudad de Montevideo durante tres días.

Resulta evidente que la federación no actuaba preponderantemente en respuesta a la “traición” de las empresas, pues, como viéramos, sus presiones en pos de la huelga general databan de varios días atrás. Desde filas anarquistas surgieron contrapuestas declaraciones acerca de los fines del novel movimiento, orientadas fundamentalmente a dirimir cuestiones internas a la corriente ideológica que hegemonizaba al movimiento obrero. Mientras el poeta Ángel Falco, que no integraba la FORU pero cuyo influjo en la misma era relevante, sostuvo, encabezando una multitudinaria manifestación espontánea y con Batlle y Ordóñez escuchándolo desde el balcón de su casa, que “«La federación Obrera, representación genuina de los trabajadores de la República ha decretado la Huelga General, no como en otros países, contra el gobierno y las autoridades que han sabido mantener su neutralidad, sino contra las empresas que no

³² *El Siglo*, “Otra vez en plena huelga. Lo que dicen los gerentes”, martes 23 de mayo de 1911, p. 3 col. 2

³³ *Idem*, “Después de la huelga. Del señor Juan Cat”, sábado 27 de mayo de 1911, p. 5 col. 4

³⁴ *El Día*, “La gran huelga. Todos los detalles. El paro”, viernes 26 de mayo de 1911, p. 4 col. 2-3

³⁵ *El Socialista*, “La huelga. La lección de los hechos”, junio 6 de 1911, p. 2

han respetado las condiciones pactadas con los obreros»³⁶, la FORU emitió un comunicado en el cual afirmó que “No se concibe, no puede concebirse una huelga general que no sea abiertamente revolucionaria, contra todo y por todo, esta es la conclusión de que debe compenetrarse todo obrero. Ningún trabajador debe mirar este movimiento como un simple cruce de brazos; hay que manifestar toda la capacitación y acción revolucionaria del pueblo trabajador”³⁷.

Pero más allá de esta polémica interna, si algo parece más homogéneo en la actitud de la FORU fue su intento de conseguir lo que los tranviersos no habían logrado, y esto era torcer el brazo a las empresas, obligarlas a reconocer públicamente haber pactado las condiciones del reinicio del trabajo. Como un intento de reentablar la pulseada se explica la versión corrida en los comienzos del paro general acerca de que la FORU, conductora del movimiento en desmedro del comité de huelga de los tranviersos, pretendía recomenzar las negociaciones del acuerdo en base a las primitivas reivindicaciones de los huelguistas³⁸.

La flexibilidad de las empresas en este sentido no fue diferente a la demostrada durante los días en que el conflicto únicamente implicó el enfrentamiento para con sus empleados. De ahí, sostenemos que puede suscribirse la afirmación de Vanger acerca de que “... la causa de la huelga general se ubicaba entre un malentendido y un intento de cada parte por superar a la otra”³⁹.

El 26 de mayo, cuatro días después de comenzada la huelga general, los obreros de la capital volvieron a ocupar sus habituales puestos de trabajo. Las negociaciones, en las cuales participaron, además de integrantes del consejo federal de la FORU en representación de los tranviarios, y de los gerentes de ambas empresas, el vicepresidente del Círculo de Prensa, diputado Héctor Gómez, el presidente de la Junta E. Administrativa, Dr. José Pedro Varela, el intendente de Montevideo Ramón Benzano, y el ministro del Interior Pedro Manini Ríos⁴⁰, lograron finalmente un acuerdo entre las partes.

Más allá de las particularidades del mismo, que detallaremos más adelante, interesa destacar los fundamentos de la finalización del movimiento, los cuales estuvieron vinculados, además de al propio desgaste de la movilización, a la variación

³⁶ en D'ELÍA, Germán, MIRALDI, Armando, ob. cit., p. 101

³⁷ *La Democracia*, “Para la historia. La Federación Obrera contesta al Presidente de la República”, martes 30 de mayo, de 1911, p. 1 col. 4

³⁸ *Idem*, “La gran huelga. Último momento”, martes 23 de mayo de 1911, p. 3 col. 4.

³⁹ VANGER, Milton, ob. cit., p. 137

⁴⁰ RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, *Los sectores populares...*, (2^{da} parte), ob. cit., p. 110

de la actitud gubernamental para con el mismo. En efecto, las presiones de los sectores conservadores, así como la producción de algunos sucesos de violencia protagonizados por los huelguistas (hábilmente articulados por la opinión pública favorable a las empresas, que puso el énfasis en la incapacidad del ejecutivo de “conservar el orden” y en la erección de la “ilegal autoridad” de la federación obrera⁴¹) hicieron mella en el gobierno, que dio entonces libertad de acción a las tendencias represivas del Jefe de Policía Coronel Juan A. Píntos y del Ministro Pedro Manini Ríos. La voz de este último se escuchó con inusitada resonancia, incluso discrepando con opiniones del Presidente de la República, como cuando cuestionó abiertamente la legitimidad del accionar de la FORU⁴².

Pero también ofició Manini Ríos de difusor de medidas y posicionamientos de gobierno que, siendo escasamente populares, eran compartidos por el presidente, como la negación del derecho de huelga de los empleados públicos y su rechazo a la huelga general como legítima medida de lucha. Diría Manini Ríos: “Una huelga general que encarece la vida como sucede actualmente en Montevideo, va a castigar precisamente a sus propios promotores. Desde éste punto de vista, la huelga [...] es un soberano disparate [...] Pero si la huelga fuera general, fuera eficaz, es decir, si la huelga se llegara a extender a todos los servicios, absolutamente a todos, de tal manera que paralizara la misma vida social, en ese caso, es una subversión, es una revolución, no es una estado normal, no puede ser tratado con medidas normales, sino que, como estado revolucionario, debe ser tratada con medidas extraordinarias y supremas”⁴³.

La probada coincidencia de Batlle con interpretaciones de este tipo nos plantean la pregunta de si, en efecto, “cedió a las presiones” de sus correligionarios conservadores, o si, por el contrario, no hizo más que buscar en su círculo interlocutores para la difusión y ejecución de algunas medidas que pondrían en tela de juicio su ampliamente publicitada “protección de los humildes”.

Lo concreto es que, una vez finalizada la contienda, y realizando un balance sobre la misma, desde el oficialismo se procedió (aun sin cuestionar los fundamentos legítimos de la movilización de los trabajadores, punto en cual se distinguió de las concepciones conservadoras) a demonizar la huelga general: “Lo que primero salta a la vista es el fracaso de la huelga general. Este ha sido tan sensible que casi podemos

⁴¹ *El Siglo*, “Sinopsis de la huelga”, sábado 27 de mayo de 1911, p. 3 col. 1

⁴² *El Día*, “Explicación”, editorial, sábado 27 de may de 1911, p. 4. col 1

⁴³ *Idem*, “En la Cámara de representantes. Las medidas del Ejecutivo”, sábado 27 de mayo de 1911, p. 4 col 5

considerarnos a cubierto de un nuevo ensayo. Los obreros, en efecto, han podido palpar dos cosas igualmente fundamentales; la primera que la huelga total es imposible, entre otras razones porque el Estado siempre se verá obligado a atender los servicios primordiales de defensa del orden social y de la vida de la población; la segunda que los únicos que sufren las consecuencias de los siempre frustrados paros generales son las clases más desamparadas, entre las cuales se cuentan los huelguistas y sus familias [...] Todos estos inconvenientes que se han puesto de manifiesto habrán aleccionado lo suficientemente a las clases trabajadoras para no tentarlas a nuevos y contraproducentes ensayos de huelga general. Es de esperarse, pues, que sean cuales fueren las luchas económicas que se entablen en el porvenir por el mejoramiento de los trabajadores, no se repita el intranquilizador espectáculo que durante tres días mantuvo seriamente alarmada a la población de Montevideo”⁴⁴.

Paralelamente, se propusieron caminos alternativos a la clase trabajadora para la consecución de mejoras en sus condiciones de existencia, y particularmente se insistió con el del sufragio (permanentemente desacreditado por los anarquistas), con la evidente intención de canalizarlo en su provecho. El 5 de junio, así se expresó el diario gubernamental “«El día que [el elemento trabajador] se organice políticamente, concurra a las urnas, integre una parte considerable del Cuerpo Legislativo y haga oír su voz [...] no parecerá tan extraño que un presidente pueda dirigirle la palabra y tratarle con simpatía»”⁴⁵. Pues, como ha afirmado Zubillaga el rol político-social que Batlle y Ordóñez atribuyó a los obreros fue el de “... sustento electoral de su partido (tendiente ‘de hecho’ a la desmovilización sindical en sentido estricto)”⁴⁶.

La izquierda también procedió al análisis de la movilización de los trabajadores. Entre los anarquistas, salvo algún matiz contenido en la visión del ex secretario general de la FORU Francisco Corney, quien además se mostró contrario a nuevos ensayos de este tipo, pues “No estamos preparados para tanto los obreros...”⁴⁷, la huelga general fue juzgada como un “hermoso triunfo”⁴⁸. Con todo, esto no impidió la existencia de ciertos rasgos de autocrítica, que parecieron desmitificar el recurso a tal medida. *Tiempos Nuevos*, órgano de la agrupación “Nuevos Rumbos”, citando a Enrico

⁴⁴ *El Día*, “La huelga”, editorial, lunes 29 de mayo de 1911, p. 3 col. 1

⁴⁵ en BARRÁN, José Pedro, NAHUM, Benjamín, *Batlle, los estancieros y el imperio británico*, Tomo III “El nacimiento del batllismo”, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1982, pp. 129-130

⁴⁶ ZUBILLAGA, Carlos, “El Batllismo: una experiencia populista”, en *Centro Latinoamericano de economía humana*, N° 27, julio-septiembre de 1983, p. 45

⁴⁷ *La Democracia*, “Sobre la huelga general pasada y futura. Un juicio”, miércoles 31 de mayo de 1911, p. 5 col. 3, 4

⁴⁸ *Tiempos Nuevos*, “La huelga general. Reflexiones que nos surgen”, junio 1 de 1911, p. 2

Malatesta, sostuvo la necesidad de implementar otras medidas de lucha: “El obrero, que nada posee, no recibiendo ya su salario, deberá apoderarse a fuerza de los productos y se topará con la guardia civil, los soldados y los mismos burgueses, que querrán impedirselo, y entonces la cuestión deberá resolverse pronto a tiros. La victoria pertenecerá al que haya sabido ser más fuerte. Preparémonos, pues, para esta lucha necesaria antes que limitarnos a predicar la huelga general como una especie de panacea [sic] que resuelva todas las dificultades. Por consiguiente, aun como modo de comenzar la revolución, la huelga general no podrá emplearse sino de manera bastante relativa”⁴⁹.

No se omitió el juicio acerca de la relación que, a partir de mayo, debía establecerse entre Batlle y el movimiento obrero. Defendiendo su hegemonía de los trabajadores organizados, los anarquistas salieron al cruce de los intentos batllistas de incursionar en su territorio: “El derecho de huelga que nos conceden los gobiernos es el derecho de no trabajar, pero con eso no resolvemos nuestro problema, porque no trabajando no comemos [...] Nuestro derecho es: posesionarnos de todo lo que nos pertenece; de todo lo que contribuimos con nuestro esfuerzo a producir –y esto que a nosotros nos pertenece entiéndase bien, es la única forma de resolver nuestro problema económico, el problema del hambre- esto, repetimos, nos lo impedirá Batlle que se realice, porque hay leyes que así lo autorizan [...] Precisamente [por la razón] de que no puede hacer más de lo que las leyes le permiten, es porque nosotros no podemos marchar unidos con él, no podemos detenernos en el principio del camino, sino seguir más allá, hasta donde Batlle ni ningún gobierno podrán llegar”.

Aunque este señalamiento acerca de los opuestos fines mediatos que perseguían anarquistas y batllistas no impidió un tácito reconocimiento de que entre ambas fuerzas podían existir confluencias en el corto plazo: “Nosotros no vamos á dificultar su obra mientras no interrumpa nuestra marcha, pero tampoco vamos á andar del brazo con él, para quedar a mitad de camino”⁵⁰.

Las lecturas de los conflictos de mayo realizadas por el Partido Socialista conllevaron un grado de complejidad mayor a las trazadas desde tiendas batllistas y anarquistas. Las razones de esto tienen que ver con las también más enmarañadas necesidades que aquejaban a este núcleo político, con respecto a los otros actores obreristas que aparecieron en primeros planos por aquellos días. En efecto, los socialistas, en su intención de elaborarse un espacio político significativo al interior del

⁴⁹ *Tiempos Nuevos*, “La huelga general”, junio 1 de 1911, p. 4

⁵⁰ *Idem*, “Batlle y nosotros”, editorial, junio 15 de 1911, p. 1

movimiento sindical, debieron desacreditar la conducción que las dirigencias ácratas habían realizado tanto de la huelga de los tranvías como de la general, lo cual implicó que páginas y páginas de su órgano difusor fuesen dedicadas a analizar ambos conflictos, pero debieron hacerlo evitando, al mismo tiempo, presentar un discurso que legitimara las pretensiones de tantos de hacerlos aparecer como un mero apéndice del batllismo. Sin embargo, la concepción elementalmente positiva que tenían con respecto al movimiento encabezado por Batlle y Ordóñez tampoco les permitió atacarlo desembozadamente.

En función de esto último, fue que se señaló la existencia de algunas inconsecuencias entre el discurso y la práctica esgrimidos por el gobierno, que refirieron a cuestiones como la ausencia de una efectiva garantía de las libertades sindicales, y el temor del ejecutivo a la hora de implementar una medida que hubiese evitado la huelga general, como era la estatización de los servicios de tranvías⁵¹. Paralelamente, se remarcaron las diferencias entre el Partido Socialista y el batllismo, así como el estrecho carácter obrerista de este último: “Qué desaparezca el primer mandatario actual, -que es hombre de ideas modernas,-y el gobierno volverá a empuñar el sable [...] para solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo”⁵².

Pero el grueso de la artillería socialista fue dedicado a defenestrar la conducción anarquista de los conflictos de mayo, especialmente la apelación a la huelga general. Por un lado, disfrutaron del divorcio ideológico existente entre los dirigentes de la FORU y las masas de huelguistas, expresado en el hecho de que la huelga general, para hacerse efectiva, debió sustentarse en el recurso a la “solidaridad”, y no en el llamado a la “revolución”. Y por otro, denunciaron su fracaso, cuando señalaron que la misma debió levantarse, por falta de fuerzas, antes de que los tranviersos hubiesen alcanzado un acuerdo con las patronales⁵³.

No dejaron pasar la oportunidad para prestigiar ante los asalariados, de forma similar a lo efectuado por el batllismo, caminos alternativos para la consecución de sus justas aspiraciones. Entre estos, privilegiaron la participación en el sistema político, o, mejor expresado, el recurso del sufragio. Refiriéndose a un hipotético trabajador, *El Socialista* sostuvo: “En tu propia carne has aprendido que la revuelta es un mal

⁵¹ *El Socialista*, “Anexo al número 11. La huelga en el Parlamento. Sesión del 23 de mayo de 1911”, junio 6 de 1911, p. 1 col. 2, p. 7 col. 2

⁵² *Idem*, “El gobierno y el Partido Socialista Uruguayo. Reforma social y socialista”, julio 23 de 1911, p. 1 col. 1, 2

⁵³ *Idem*, “La huelga. El concepto de la huelga general”, junio 18 de 1911, p. 2 col. 1, 2

procedimiento, un arma falsa que más te perjudica á ti mismo que á tu enemigo [...] Comprendiste pronto que la huelga es una lucha negativa y destructiva. No crea nada nuevo. Deja de crear. Destruye. Y quien más sufre en tiempo de huelga eres tú [...] Y lentamente vas abandonando esa arma, substituyéndola por otra más perfeccionada, más inteligente, más útil, que no exige casi ningún sacrificio y cuyos beneficios son positivos é incalculables. Esta arma es tuya, propia, y exclusivamente tuya, es tu patrimonio político, es tu arma específica, es el sufragio universal [...] Ni la huelga, ni la revuelta, con más sacrificios, jamás pueden darte lo que, con el tiempo, te dará el ejercicio del sufragio universal [...] El voto es el arma que posee el pobre contra el rico, el explotado contra el explotador, el oprimido contra el opresor. El voto es el principio de orden en el colosal desorden; es el símbolo de paz, de justicia, y de libertad”⁵⁴.

Pero la tentativa de los socialistas fue más allá de apuntarse una victoria moral sobre la FORU en lo referente a la legitimidad de las diferentes corrientes ideológicas que abrigaban aspiraciones de conducir al movimiento de los trabajadores organizados. Concretamente, el partido encabezado por Frugoni creyó ver la oportunidad para relanzar su históricamente endeble central sindical, la Unión General de Trabajadores (UGT). El solo hecho de que pareciese adquirir viabilidad un polo sindical diferente al de la federación obrera, más allá de sus resultados concretos, nos da la pauta de que los eventos de mayo, y más precisamente, sus resultados, agitaron la base de legitimidad de dicha organización. Luego de preparar el terreno durante todo el mes de junio, lanzaron al ruedo la propuesta: “... [el] Partido Socialista Uruguayo [...] de[be] intervenir en el movimiento obrero para orientarlo por las sendas de la moderna lucha de clases, alejándolo de los equívocos doctrinarios que menudean en el seno de nuestro incipiente movimiento obrero. [S]olo falta que [...] los socialistas uruguayos tomen participación activa en las sociedades de resistencia [...] y que ahorren a nuestro proletariado muchos inútiles esfuerzos [...] Recién este se levanta y empieza a defenderse. No ha sufrido aún la funesta influencia de los elementos extraviados, ni sabe de las extrañas, incoherentes y violentas teorías de la andante sociología anárquica”⁵⁵.

Pero más allá de una difusión más o menos amplia de la propuesta, que incluso motivó respuestas públicas de los anarquistas⁵⁶, el llamado no encontró ecos, de lo que nos da la pauta su repetición, más de un año después, bajo términos casi idénticos⁵⁷.

⁵⁴ *El Socialista*, “La gran arma específica. ¿Oyes Pedro?”, junio 25 de 1911, p. 6 col. 1, 2

⁵⁵ *Idem*, “La organización obrera y el Partido Socialista”, julio 16 de 1911, pp. 1-2 col. 3, 1

⁵⁶ *Tiempos Nuevos*, “Cosas de aquí. «Organicémonos»”, julio 31 de 1911, p. 2

Finalmente, resulta interesante juzgar los resultados de estas movilizaciones, por cuanto nos aportan elementos para calibrar el real poder político-social que ostentaba la clase obrera uruguaya al momento del regreso de José Batlle y Ordóñez al poder. Dentro de un panorama historiográfico que se ha dedicado escasamente al estudio de la cuestión, debe señalarse que las excepciones han coincidido en calificar, con algunos matices presentes en la obra de Rodríguez Díaz, de exitosa a la medida llevada a cabo por la FORU, dada la obtención de importantes mejoras económicas (reducción de la jornada laboral, cobro recargado de las horas extras, seguro contra accidentes de trabajo, etc.) y de la “consolidación de la sociedad de resistencia”⁵⁸.

No obstante, no consideramos prudente suscribir esa visión. Si bien es cierto que las reivindicaciones económicas conquistadas por los tranvianos luego de la huelga general resultan indiscutibles, también lo es el hecho de que las mismas no superaron a las que habían logrado en virtud de la movilización exclusiva de su gremio.

Además, sin pretender menospreciar tales conquistas, no puede soslayarse la cuestión de que los originales reclamos vinculados al ejercicio de la actividad sindical, tan caros a un movimiento obrero que buscaba recomponerse luego de sufrir años de políticas gubernamentales represivas, no pudieron obtenerse. Como anteriormente sostuviéramos, las empresas en ningún momento aceptaron siquiera poner sobre la mesa la discusión del reconocimiento de la sociedad de resistencia, o el reintegro de los trabajadores que habían sido despedidos por intentar organizarla. En cuanto a la restitución de los 21 huelguistas degradados a la suplencia luego de finalizado el original conflicto tranviario, que certifica López D’alesandro, debe también ponerse en duda, puesto que, si bien la prensa no se preocupó en aclarar esa cuestión, si lo hizo en reflejar la existencia de nuevas denuncias acerca de huelguistas que, al regresar al trabajo, se les dijo que pasaran a buscarlo “en 5 o 6 días”⁵⁹. Esto nos hace pensar que la disposición de la patronal, acerca del reinicio de las labores sobre las nuevas bases a partir del 1º de junio, permaneció incambiada.

Repasando serenamente los acontecimientos producidos desde la declaración de la primera huelga, hasta el reintegro definitivo de los tranvianos a su labor luego de culminado el paro general, la impresión que queda es la de, en líneas generales, los

⁵⁷ en LÓPEZ D’ALESANDRO, Fernando, *Historia de la izquierda uruguaya*, Tomo II (1º parte), ob. cit., p. 83

⁵⁸ LÓPEZ D’ALESANDRO, Fernando, *Historia de la izquierda uruguaya*, Tomo II: 1911-1918 “La izquierda durante el batllismo” (2ª parte), Ediciones del Nuevo Mundo, 1992, pp. 16, 19, 17; RODRÍGUEZ DÍAZ, Universindo, *Los sectores populares...*, 2ª parte, ob. cit., pp. 127, 141, 130

⁵⁹ *El Día*, “Después de la huelga. Denuncias”, sábado 27 de mayo de 1911, p. 5 col. 5

gerentes de las compañías administrando eficazmente el conflicto. Su autoridad nunca llegó verse realmente cuestionada, y ellos lo hicieron saber al momento de culminar ambos conflictos, a través de comunicados que la FORU nunca se atrevió siquiera a intentar desmentir. Sobre el final de la huelga general volvieron a afirmar que no reconocían ni “pacto de ningún género” con la sociedad de resistencia, ni la aceptación de mediación alguna durante las horas en que la huelga se extendió⁶⁰.

No solo esto nos hace dudar seriamente de que organización gremial de los tranvianos se haya consolidado luego de mayo. Más esclarecedores al respecto resultan los sucesos acaecidos en *La Comercial* durante el mes de junio, en gran medida vinculados a esas “conquistas ausentes”. El día 20, nuevamente un caso de persecución sindical motivó en esta empresa una declaración de huelga, pero en esta oportunidad el respaldo de los trabajadores a la decisión de la recién constituida sociedad de resistencia resultó ser muy escaso, por lo cual la empresa de Cat pudo cómodamente despedir a los huelguistas y contratar nuevos trabajadores⁶¹. Los obreros de *La Transatlántica* no se plegaron en ningún momento. A todas luces resulta claro que, apenas culminado un movimiento desgastante como había sido el de mayo, amagar con una medida del mismo tipo, sin dar tiempo a una recomposición de fuerzas (morales, económicas, etc.), seguramente no haya sido la decisión más feliz tomada por la sociedad de resistencia.

Por otra parte, no podemos olvidar que durante la movilización de mayo habían sido conquistadas algunas mejoras económicas de importancia, seguramente tenidas en alta estima por la masa de trabajadores. Ajenos estos a la militancia activa, es muy probable no resultaran concientes de la importancia que revestía el funcionamiento cotidiano de la sociedad de resistencia (es decir, más allá de su accionar durante los puntuales movimientos reivindicativos), y por lo tanto no creyesen inteligente arriesgar aquellas mejoras en virtud de la consolidación del instrumento de acción sindical. Nos habla esto del “divorcio ideológico” existente entre los sectores dirigentes del movimiento sindical uruguayo de la época y el común de los trabajadores. Seguramente de diferente entidad en función de los casos particulares, no parece haber sido superado, ni tampoco apreciado un acercamiento significativo en ese sentido, entre los tranvianos, luego de los sucesos de mayo.

⁶⁰ *La Democracia*, “Una revolución de 48 horas. Qué ha pasado?”, sábado 27 de mayo de 1911, p. 2 col. 6

⁶¹ *El Día*, “El conflicto de «tranvianos». Empleados destituidos de la Comercial. Los huelguistas en la mala”, miércoles 21 de junio de 1911, p. 5 col. 1-2